



# VENNSKAP

LUIS FERNANDO ESCALONA

LEYENDAS DE LOS MORADORES DEL CAMINO  
GUERREROS CELESTIALES

# **GUERREROS CELESTIALES**

**Leyendas de los Moradores del Camino**

**Vennskap**

**LUIS FERNANDO ESCALONA**

Copyright©2015, by Luis Fernando Escalona.

Ilustración de portada: Fernando Gil.

Publicado en México, 2015.

1ª edición digital.

ISBN: 978-607-7570-20-2

Ala de Avispa Editores

Boulevard Ignacio Zaragoza, Condominio Granero,

Casa 36. Colonia Hacienda del Pedregal,

Atizapán, Estado de México. Código Postal 52910

[www.aladeavispa.com](http://www.aladeavispa.com)

[edicion@aladeavispa.com](mailto:edicion@aladeavispa.com)

Este libro no podrá ser reproducido  
ni total ni parcialmente por ningún medio,  
sin el previo permiso escrito del autor.

Todos los derechos reservados.

“—No será lo mismo.

*Látigo Gris le sostuvo la mirada un largo instante.*

—No, no será lo mismo”.

**Los Gatos Guerreros**

Un día soleado, diez años antes de la guerra de Kanaria, los Moradores del Camino vieron descender una figura encapuchada proveniente de la montaña, aquella donde un sendero de agua se derramaba hacia el bosque.

—Es el hechicero —dijo un búho, mientras desamarraba un paquete de carne fresca de mármut.

Un lagarto, al que le faltaban algunos dientes, flacucho y sucio, se giró en dirección del monte.

—No —repuso—, es nuestro amigo, el humano.

Al escucharlo, otros se acercaron.

—¡Shanti, shanti, Síndar! —expresaron todos alrededor.

El recién llegado se echó la capucha de su túnica hacia atrás y saludó.

—Shanti, shanti, mis amigos.

Se trataba de un hombre joven, de cabello y barba marrón. Tenía surcos en la frente y en el lado exterior de los ojos.

—¿Sigues usando esa porquería de gumba? —le preguntó el lagarto en tono de broma. Los demás se rieron.

—No lo molestes —criticó un cuervo—. Además, la gumba la hacemos en Kanaria y es muy fresca para el calor y cálida para el frío; bueno, me entiendes.

—Nos estábamos acordando de Her —dijo el lagarto, al momento que Síndar se acercaba con el búho del paquete de mármut fresco.

Síndar sonrió al recordar a su amigo, el otro humano que frecuentaba la zona de los Moradores.

—Era un buen tipo —dijo el cuervo.

—Sí, lástima que... —el lagarto se interrumpió y miró a Síndar, creyendo que tal vez podría incomodarlo.

—Dilo, Klay —le animó Síndar.

—Es que.... bueno, como tú eras...

—Yo era amigo del león —afirmó Síndar—, cuando era albino. El mutante oscuro... es alguien desconocido para mí.

El búho le surtía las tajadas y cortes de carne, y los preparaba en una envoltura hecha con hojas de macomba, largas y ovaladas, perfectas para cubrir un paquete así. Tomó cuerda, hizo un amarre y le entregó a Síndar el objeto, quien le extendió unas monedas doradas.

—No molestes a mi comprador, Klay. ¡Oye, Stu, dile que no lo moleste!

El cuervo inclinó los hombros.

—Déjalo, Smi, está bien —animó Síndar al búho. Luego, se acercó con Klay, el lagarto.

—Perdón —se disculpó el reptil—. Es que como tú eras amigo del león... y luego de Her...

—Está bien, Klay, no te disculpes. Eso fue hace mucho tiempo. Y también, al igual que todos, lamento que Her ya no esté con nosotros.

—Es que fue el león oscuro, Síndar —insistió Klay, con cierto tono de reproche en su voz—. Sus malditas persecuciones humanas...

—¡Corta ya el tema! —espetó Smi, el búho. Klay agachó la cabeza, avergonzado.

Síndar pareció no escuchar al ave. Miraba al lagarto, pero no con ira. En su rostro había una sonrisa de comprensión.

—Klay —le dijo—. Her también era mi amigo. Y lamenté mucho que fuera el león oscuro quien... quien diera la orden de acabar con el grupo donde estaba nuestro hermano. El león oscuro no es nada mío. El albino —y



sonrió con melancolía—, ése sí fue un gran compañero del pasado. Del pasado, Klay.

—¿Lo echas de menos? —le preguntó Stu, el cuervo, acercándose hacia él.

—A veces lo recuerdo —admitió Síndar—. No sé. Quizá me hubiera gustado que las cosas fueran diferentes.

—¿Por qué no lo enfrentas? —instó el cuervo.

—¡Sí! Tú conoces esas técnicas raras del hormigo y de los guerreros de Barlak. Quizá podrías enfrentarlo y...

—No, Stu —dijo Síndar—. Yo dejé el entrenamiento hace tiempo. Mi atención está centrada en mi esposa y en mi hija.

—¿Y qué te dice el hormigo de eso? —preguntó el búho, mientras acomodaba la carne de mármot en paquetes iguales.

—Nada —dijo Síndar—. No dice nada del asunto.

—Deseo que alguien libere nuestra tierra.

—Algún día, Klay. Algún día.

Síndar se despidió con afecto de sus amigos, los Moradores del Camino, y subió por la ruta que lo llevaría de regreso a casa, cerca de la cascada.

No pudo evitar la nostalgia y recordar con agrado los buenos momentos que había tenido con su compañero de entrenamiento, el león albino. Le era difícil concebir la imagen de que su viejo amigo se hubiese convertido en el que decían las leyendas: un mutante poderoso y despiadado. Sin embargo, muy en el fondo, sabía que la guerra en contra del Imperio del Hombre la había iniciado él: Báliak, el león oscuro. Y sabía, con mucho pesar, que de eso, su maestro, el hormigo Válmik, se sentía responsable.

Así, mientras ascendía a la cabaña, Síndar recordó la noche que se encontró con el albino, la misma donde se manifestaron, por primera vez, los poderes de su amigo el león.

\*\*\*\*\*

Síndar había conocido a Báliak cuando eran niños. Pero pasarían algunos años para que se reencontraran en el bosque de Bilbaard.

Durante ese tiempo, Síndar había elegido convertirse en un Morador del Camino, debido a que no estaba de acuerdo con los planes de exterminio a los que se aferraba su padre, el General Ahriman.

Una tarde, cuando el sol se había alejado ya hacia la costa, Síndar preparaba su cena al calor de una fogata y en algún momento, había escuchado que las hojas, cerca de ahí, crujían, debido a que alguien se acercaba.

No supo por qué, pero creyó que lo conocía. A sus espaldas, unos arbustos se removieron y apareció un león albino.

—¿Por qué siempre te escondes? —le había preguntado Síndar—. Recuerdo que así te conocí. Pero no te preocupes. Si nuestros caminos se han cruzado otra vez, esta cena será servida.

—Aún no cae la noche —replicó Báliak.

—Eso nos da más tiempo. Quédate a cenar. La carne es fresca, te la ofrezco de corazón.

Y el mutante se sentó a cenar con él.

¿Cuántos años habían pasado? ¿Seis, quizá? Eran ya unos jóvenes y, sin embargo, se acordaban cuando se encontraron en el arroyo de Bilbaard, la primera vez.



Durante un rato, mientras comían, permanecieron en silencio. Síndar le extendió una cazuela y le invitó del contenido.

—Es té de hierbas, yo lo preparé.

Báliak bebió.

—¿Es bueno?

—Mucho —respondió el felino.

—Y dime, amigo león, ¿qué te trajo al bosque precisamente hoy?

—Me ejercitaba como todos los días, pero no había bajado hasta el arroyo. Los humanos han destruido la otra parte del bosque.

—Lo sé. Todo ha cambiado.

Báliak le habló sobre sus labores, las charlas con el abuelo y los ejercicios al aire libre. Le contó también sobre el templo, sus mitos y sobre todo lo que había aprendido con Orson, el abuelo. Síndar estaba fascinado.

—Sabes mucho del mundo —le dijo.

—En realidad no —respondió Báliak—, sólo las historias que mi abuelo me ha contado.

—Pero te gustaría conocerlo, ¿cierto?

—Sí —respondió el león.

—Y, ¿por qué quieres llegar al templo? —preguntó Síndar.

—Quiero ser un guerrero.

—Sí, pero ¿por qué?

—Para evitar cosas como las del bosque. Creo que los mutantes y los humanos pueden convivir en el mismo lugar.

—Eso no es lo que creen los hombres, amigo. Por eso me fui.

—Pero entonces, ¿tú crees lo mismo que yo?

—Me gustaría creerlo.

—Y, ¿por qué no buscamos juntos el templo?

—¿Sabes si en verdad existe?

—Yo creo que sí.

—¿Cómo lo sabes si no lo has visto?

El león albino guardó silencio y Síndar sonrió.

—Trata de pensar en algo que no exista —dijo el humano. Báliak meditó—. ¿Sabes? No lo lograrás. No puedes pensar en algo que no existe, porque no existe, ¡valiente conclusión! Al no existir, no posees la capacidad para pensar en ello. Sólo tienes la certeza de que existe, pero no lo sabes con exactitud. Puede que sea un mito, nada más.

—Pero un mito nace de algo real —debatía Báliak.

—Dime, por ejemplo, ¿qué hay entre el árbol y tú? O entre tú y yo ahora.

Báliak pensó decir “una fogata”, o más descabellado aún: “nada”. Miró a su amigo a los ojos y Síndar volvió a sonreír. Báliak pareció entender.

—Entre tú y yo —dijo el mutante— hay un espacio.

—Así es, amigo león. La “nada” es un término para designar lo que no existe.

—Pero al pensar en eso que no existe, le das existencia.

—Al menos al concepto en tu mente, y si es así, entonces la “nada” sigue sin existir, aunque al pensar en ella, la nombras y la haces real. La conviertes en algo... en... nada.

Los dos rieron y compartieron otro poco de té.

—Por eso —dijo Síndar, colocando la cazuela a un lado del fuego—, entre tú y yo hay un espacio, pero también hay polvo, partículas, energía... como lo quieras llamar.

—Pero es algo —insistió Báliak.

—Un espacio, si tú quieres.

—Y si es un espacio —dijo Báliak con precaución—, tiene la propiedad de ser.

—Por lo tanto, existe —sonrió el humano—. Vuelvo a preguntarte: trata de pensar en algo que no exista. No puedes, porque no existe simplemente. Pero sí puedes pensar o imaginarte cosas que existen o recrear la realidad con algo nuevo.

—Te preguntaré algo —dijo Báliak.

—Te escucho.

—¿Tú crees que hay algo después de la vida?

Síndar suspiró, pensando.

—Interesante pregunta —dijo—. Yo creo que la idea surge de algo o por algo, así como la idea de reencarnar y todo eso.

—Veo que observar a la naturaleza todo este tiempo te ha ayudado a deducirlo.

—Entre otras cosas —respondió el humano.

—Pero al final de cuentas, esas ideas son meras certezas —dijo el león.

—Es posible, pero la idea no pudo surgir de una “nada”.

—Lo mismo que el templo —dijo Báliak.

—Tal vez —repitió Síndar, meditando en ello.

Seguro de que ganaría el debate, Báliak le lanzó un desafío.

—¿Qué es el cero?

—Un número —respondió Síndar.

—Pero designa algo que no existe.

—Como la palabra “nada”. El cero es un número y por tener la propiedad de ser, es algo y no es nada. El problema son los conceptos.

—Concluirás entonces que el templo podría existir.

—Pero no lo has visto —replicó el humano.

—Bueno —dijo Báliak, divertido—, el rumor no salió de la “nada”.

—¡Ah! —exclamó Síndar con una carcajada—. ¡Te admiro porque eres grande, amigo león! Tienes razón. Si existe una certeza en el mundo, es porque nos acerca a la verdad.

—Mi verdad, pues, es que existe un templo y yo quiero ser un guerrero de Barlak.

—Comparto, entonces, tu verdad —dijo Síndar. El león albino movió sus orejas, entusiasmado—. Y te acompañaré con discreción.

—Mejor con tu amistad.

\*\*\*\*\*

Síndar recordaba con nostalgia que aquella noche habían sellado una amistad poco común: un mutante y un humano olvidando sus diferencias por algo mejor.

Pero todo eso se había ido. El león albino se había convertido en un ser distinto y se le consideraba como un mutante peligroso: él había iniciado un movimiento guerrillero que cobraba fuerza en el continente y sus fines eran claros. Por eso, Síndar prefería recordarlo como aquel mutante curioso al que conoció en el bosque de Bilbaard y no como lo que era ahora: la oscuridad y la ambición.

Cuando llegó contempló el lugar. Los sembradíos de cañas estaban tranquilos y la casa del hormigo, en silencio. No había rastro del mutante por ningún lado.

Síndar subió hacia la cascada y se acercó a la casita construida junto al arroyuelo. Por la parte trasera, escuchó la voz de una mujer que cantaba. Síndar silbó la misma melodía para indicarle que había regresado. Se acercó a una distancia prudente y la saludó.

—He vuelto, Alina.

Luego caminó por un lado de la casa hacia la parte posterior y se encontró con la mujer, quien sonrió al verlo llegar. Alina era una mujer joven y vestía un largo vestido de color naranja. Su cabello largo era del mismo color que el de Síndar y contrastaba con su clara piel.

Se saludaron con un beso suave y Síndar acarició el rostro de Alina.

—Prepararé la carne —dijo el humano—. Está fresca.

—Ahora te alcanzo —respondió ella—. Voy a recoger un poco de agua.

Síndar miró por encima del hombro de Alina. Ahí, junto al muro, había una cuna. Síndar se acercó.

—¿Cómo está? —preguntó, moviendo con suavidad unas cobijas. Ahí, dormía apacible una bebé.

—Bien —dijo Alina—, le gusta el sonido del agua y las aves.

—Va a ser tan hermosa como su madre —dijo Síndar, abrazando a su mujer. Ella inclinó su cabeza hacia el pecho del hombre.

—Y espero que sea tan fuerte como su padre —agregó ella.

Luego se miraron y se dieron otro beso.

—Yiza, “la elegida” —dijo Síndar—. Me gusta el nombre que escogiste.

—Recuerda que fue sugerencia de Válmik, por cómo le decía tu abuelo a su mujer.

Síndar sonrió.

—Prepararé la carne; Válmik no tardará en llegar.

—Te amo, Síndar.

—Y yo a ti.

Se besaron y Síndar entró a la cabaña.

Mientras tanto, Alina volvió a tararear su canción y prosiguió con sus labores en el arroyo.

Sin darse cuenta, al poco rato, una sombra se proyectó hacia el muro de la casa. Era una figura alargada, imponente y sin rostro, que se acercaba con una melena negra cayéndole sobre sus hombros.

El recién llegado emitió un sonido, parecido al eco del agua corriendo por una cueva. Era el bufido amenazante de un león.

El mutante siguió caminando hacia la mujer.

*Fin del Vennskap*